

Mostrándole el dedo medio a la cámara.

Vi hace poco la película “Grito subterráneo”, realizada en 1987 por Julio Montero, activísimo miembro de aquella movida y sus secuelas, además de miembro del grupo Delirios Crónicos. Recuerdo haberlo visto cantar y bailar solo, en la primera fila de un concierto al que asistí cuando tenía quince años. Esa vez me impactó que no le importe “hacer roche” con tal de expresar su amor por la música y desde entonces esa imagen fue una de las que alimentó el progresivo desvanecimiento de mi miedo al ridículo cuando de conciertos se tratase. En el conversatorio luego de la proyección, Montero contó sus estrategias para lograr hacer el documental que hoy es una de las películas más pirateadas, versionadas y difundidas del medio, aunque la mayoría de las veces no se le cite en los créditos. Este privilegiado documento de una efervescencia adolescente que gritaba furibunda contra las estructuras de una sociedad (aun) racista, clasista y opresora, donde las fuerzas policiales sirven a los poderosos y la disidencia es siempre culpable de algo; se originó en la discrepancia de su madre ante su deseo de cambiarse de Ingeniería a Comunicaciones.

Finalmente acordaron que si le compraban una cámara de video, él la utilizaría para *recursearse* y pagar la carrera que ella no pretendía solventar. De día registraba eventos y de noche enrumbaba en su moto a cuanto concierto punk hubiera en Lima: de Magia en Magdalena a Los Reyes Rojos en Barranco o recorriendo el centro y sus innumerables puntos de encuentro. Cuarenta horas de grabaciones en betamax fueron editadas luego de perseguir por varios bares a un profesor de su universidad, quien le cedió la isla de edición para que no lo siga fastidiando. Las dos horas resultantes muestran entre otros, a figuras emblemáticas de la escena local como Daniel F, el Kimba, Miguel Angel y el Bowie de Voz Propia, Gonzalo y Guillermo de G3, el artista Alfredo Márquez, los collages de Herbert Rodríguez denunciando la situación de Ayacucho, y a la mítica María Teta, con su actitud precursora en el escenario y fuera de él. El público aparece por momentos, despreocupado de la cámara, objeto inusual para el momento, primicia importada de Estados Unidos por cortesía de una aeromoza amiga. De vez en cuando la miran de modo distante, inexpresivo, o desafiante y alguna vez le regalan un enérgico dedo medio para su primerísimo plano.

Que inmenso contraste con las imágenes que tantas horas dedican a producir y poner en circulación los adolescentes actualmente. Los *selfies* inundan la web y los *coolhunters* son las nuevas estrellas de las fiestas de moda. Los asistentes se visten para ellos y la mitad del tiempo en uno de esos espacios se invierte en posar para sus lentes o en evitarlos, pues también se dan casos. Las omnipresentes cámaras marcan la pauta de los *dress code* y de los movimientos de los cuerpos en desarrollo, no al revés. Probablemente Julio hubiera hecho varias películas con lo que se gasta en la ropa que aparece en las páginas sociales y en los blogs de tendencia. Grito Subterráneo poco a poco ha ido recibiendo el reconocimiento que merece, por mostrar sin adornos una realidad que exigía cambios. Los tiempos cambiaron: la realidad exige adornos y las cámaras no registran lo que pasa sino a quien posa. Lo que pasa está en otro lado y quizá tengan que transcurrir algunas décadas para que sepamos verlo. Ojalá que no.